

## REAGAN HA PERDIDO LA RAZON POR NICARAGUA

El presidente Reagan y su gobierno se han propuesto entregar 100 millones a la contrarrevolución nicaragüense. La generosa donación se ha vuelto un asunto personal, dejando de lado toda prudencia política y alcanzado límites inimaginables en un gobierno norteamericano.

Desde el comienzo, la propuesta encontró una fuerte oposición en la cámara, cuatro de sus comisiones votaron en contra y sólo una votó a favor del presidente. Las presiones ejercidas por la Casa Blanca se han desarrollado en un ambiente deteriorado. Los funcionarios han utilizado los oscuros métodos de la época de McCarthy, la invención, el miedo y la intimidación. Han sido semanas de excesos retóricos, de propagandas y advertencias de que el comunismo se está apoderando de Centroamérica. Con una simplicidad de guía turística, el presidente Reagan explicó lo que ocurriría si los rebeldes antisandinistas no recibían los 100 millones de dólares: "si no se aprueba la ayuda a la contra tendremos un desastre estratégico y se consolidará en el continente americano una segunda Cuba, a sólo días de coche de Harbinger (Texas)." Harbinger es una somnolienta ciudad fronteriza de 43 mil habitantes situada a 45 kilómetros de la frontera con México. El alcalde demócrata de la ciudad dijo al presidente que haría mejor en usar los millones en reforzar los servicios de inmigración y la policía fronteriza para impedir la llegada de los inmigrantes ilegales.

Esta anécdota refleja hasta qué punto Reagan ha forzado el guión de la película sobre Nicaragua que está produciendo. De la misma

película forma parte también un dramático anuncio televisivo pagado por una de las organizaciones ultraconservadoras, el cual advierte a los norteamericanos "tú puedes detener el terrorismo en el hemisferio apoyando la ayuda a la contra." Las imágenes muestran una flotilla de helicópteros soviéticos en Nicaragua, "a sólo 2 horas de donde vivimos," a los cuales sólo les falta posarse en los patios de los televidentes.

El mismo secretario de Estado ha puesto en duda la inteligencia de los norteamericanos al afirmar en el congreso que se trata de una lucha entre los buenos y los malos, y ellos, por supuesto, están del lado de los buenos. Los funcionarios del gobierno ven a los soviéticos ya en California y Texas.

A lo largo de sus dos periodos presidenciales, Reagan ha demostrado su afición por las mentiras. Ayudas un tanto confusas, provenientes de la Casa Blanca, han solido intentar corregir de forma rutinaria algunas de sus caprichosas estadísticas y de sus inverificables anécdotas. Sin embargo, la discusión sobre Nicaragua ha llevado al presidente fuera de todo límite imaginable. El mismo se ha declarado "un contra" y su secretario de Estado se ha tomado una foto de familia con los dirigentes antisandinistas. En su discurso a la nación antes de la votación de la cámara de representantes dijo tales dislates que provocó el desmentido de un prominente rabino de New York y las protestas del gobierno brasileño y de su propia agencia contra la droga. Probablemente esta es una marca notable para un sólo discurso presidencial. El gobierno brasileño declaró



que no sabía qué se le pasaba a Reagan por la cabeza cuando señaló en el mapa a Brasil pintado de rojo mientras acusaba a los sandinistas de entrenar a revolucionarios brasileños. El departamento de Estado confirmó que no hay movimiento guerrillero en Brasil. Su agencia contra la droga difícilmente puede confirmar los rumores presentados como hechos por el presidente acerca de que los ministros nicaragüenses son traficantes. Quizás convendría aplicar el detector de mentiras al mismo presidente y no sólo a quienes filtran información confidencial.

Dentro de esta demencial campaña, el gobierno de Reagan sufrió una seria baja con la dimisión del vicedirector de la CIA, John McMahon, quien llevaba 34 años trabajando para esa organización. El vicedirector durante meses defendió que ayudar a "la contra" no era útil a los intereses de Estados Unidos y dimitió al prevalecer la posición intervencionista en la Casa Blanca.

En la opinión pública norteamericana, la ayuda a "la contra" no es popular. Las protestas han sido amplias y numerosas. Dignatarios eclesiásticos de todas las denominaciones han expresado su oposición. El descontento es tan grande que, según los sondeos, la opinión pública ya no sabe bien a qué parte del conflicto está apoyando su gobierno. La ciudadanía norteamericana tampoco entiende la absoluta soledad diplomática de Estados Unidos en Europa y América Latina, en esta causa que su presidente califica de "cuestión moral." Los demócratas creen estar asistiendo a la repetición del proceso que los llevó a Vietnam, primero fue la ayuda económica, después fueron los asesores y por último los soldados.

Antes de la votación en la cámara de representantes el 19 de marzo, el presidente Reagan se dirigió al país por televisión en un apocalíptico discurso como un último intento de convencer a los representantes de que "ahora o nunca" y de que la ayuda era indispensable para que "los muchachos" no tuvieran que intervenir directamente. Reagan ha escogido la táctica de apostar muy fuerte porque parece estar firmemente convencido de que una segunda Cuba está a punto de consolidarse en el continente. Según el director de comunicaciones de la Casa Blanca, padre de la campaña ideológica, para Estados Unidos, Nicaragua es un problema más importante que el dólar o el déficit. El destino de Centroamérica y el equilibrio mundial de fuerzas se juega en Nicaragua.

Hacia mucho tiempo que no había un debate tan emocional en Estados Unidos. El presidente mismo ha dramatizado las opciones poniendo a la opinión pública y al congreso contra la pared, acusando a quienes no están con él de estar con el comunismo y de no ser patriotas. Miembros de ambos partidos han acusado a la Casa Blanca de efectuar una caza de brujas rojas.

Las dificultades con que ha chocado el gobierno de Reagan se deben a la endeblez de sus argumentos: nadie toma en serio que si "la contra" es derrotada, Nicaragua se convertirá en una amenaza para la seguridad de Estados Unidos. Decir tal cosa lleva a invocar la posibilidad de utilizar a los soldados norteamericanos, lo cual provoca el rechazo unánime de la opinión pública; tanto que el mismo presidente ha tenido que repetir que el envío de tropa está totalmente excluido. Pero es que ha habido falta de consistencia en las posturas gubernamentales. Mientras el presidente afirma en público que no busca derrocar al FSLN y que no será necesario enviar a sus "muchachos," otros funcionarios de su gobierno dicen lo contrario. Más aún, en estos últimos años Honduras ha sido convertida en una inmensa base de apoyo militar para las tropas norteamericanas y por ella han pasado ya las tropas necesarias en el primer momento de una eventual invasión a Nicaragua.

Un amplio sector de la opinión pública cree que Reagan no dice la verdad y que quiere aplastar militarmente a los sandinistas. Según los análisis de la CIA y del Pentágono los sandinistas no negociararán con la presión de "la contra," aunque ésta reciba 100 millones de dólares; por lo

tanto, será necesaria la intervención militar directa. Otros críticos de Reagan y su campaña anticaragüense afirman que, si de verdad Nicaragua es una amenaza para la seguridad nacional norteamericana, 100 millones son pocos y si el gobierno es consecuente, debe enviar a sus propias tropas. La opinión pública no se ha tragado lo de "la segunda Cuba" ni que "una oleada roja está a punto de desbordarse hasta la frontera de Estados Unidos.

La oposición ha denunciado que lo importante no es la cantidad de dinero, sino el intento del gobierno de Reagan de que sea de nuevo la CIA la que controle y canalice la ayuda. Si lo consigue, y éste es su verdadero objetivo, el congreso no podrá controlar la guerra contra Nicaragua.

A pesar de haber querido convertir la votación del 19 de marzo en la "prueba histórica" de su presidencia, perdió; 16 republicanos sumaron su voto al de 206 demócratas, mientras que 164 republicanos a favor de la ayuda recibieron en refuerzo de 46 votos demócratas. Reagan perdió a pesar de su compromiso de negociar a última hora, pero eso no fue suficiente. Dijo estar dispuesto a retener la ayuda 3 meses para ver si los sandinistas estaban dispuestos a negociar con la oposición. Por otro lado, en la misma línea, Reagan envió a Philip Habib a Centroamérica en un claro intento de equiparar la dictadura de Marcos con la situación de Nicaragua. Uno de los argumentos utilizados por Reagan para justificar su intervención en favor de "la contra" es que pretende instalar un gobierno democrático. La supuesta misión de Habib era buscar una solución diplomática. Fue un vano intento por dar credibilidad a su política de presión militar acompañada de esfuerzos diplomáticos para conseguir una negociación. Y es que era absurdo que mientras el gobierno norteamericano estaba buscando cómo elevar el nivel de la guerra en Nicaragua, el grupo de Contadora estaba esforzándose inútilmente por encontrar una salida política a la crisis. Habib vino a Centroamérica confesando su fe en Contadora, pero es una fe increíble porque los funcionarios del gobierno de Reagan claramente se han opuesto a Contadora.

Entre las causas del fracaso de Reagan en el congreso está, sin duda, la incapacidad demostrada de "la contra" para convertirse en una fuerza real frente al sandinismo. Después de 5 años de oposición armada está más lejos que nunca de la victoria. El dinero puede financiar más ba-



tallas y causar más destrucción, pero jamás comprará una democracia auténtica ni mucho menos una revolución democrática.

En el senado, Reagan obtuvo una apretada victoria. Pero al volver a la cámara de representantes, la propuesta ha sido eficazmente bloqueada de momento por los demócratas. Pero Reagan está resuelto a lograr de una u otra forma lo que quiere. No le ha impresionado encontrarse completamente aislado diplomáticamente por los gobiernos latinoamericanos, exceptuando a las dictaduras de Chile y Paraguay, y por los europeos. Tampoco le ha impresionado la oposición de su propia opinión pública.

El camino escogido por Reagan y sus asesores ha sido el contrario al querido por Nicaragua. El grupo de Contadora estuvo a punto de lograr un acuerdo muy importante, pero fue imposible concluirlo gracias a la eficaz intervención de Washington. La actual política norteamericana puede tener consecuencias imprevisibles en el continente latinoamericano. Mañana el error gravísimo de hoy se puede convertir en una catástrofe. La política de la intervención indirecta

tiene dos alternativas únicamente: la guerra total o empujar al sandinismo a un régimen revolucionario intransigente y militar.

La política actual de la Casa Blanca probablemente tendrá consecuencias desagradables dentro de la misma política norteamericana interna. Muchos están preocupados por el retorno al maniquismo. Las exageraciones de Reagan pueden servir fácilmente como introducción para una campaña sucia en las elecciones de noviembre próximo, en la cual quienes hayan expresado reservas ante sus propuestas serán acusados de comunismo. El macartismo ya provocó en su tiempo una degeneración del juego democrático y del pensamiento político. Esta degeneración no fue ajena a las decisiones aventureras que empujaron a la dramática experiencia de Vietnam.

Por su parte, el presidente nicaragüense Daniel Ortega ha denunciado que la discusión norteamericana ha versado sobre el mejor método para destruir a la revolución sandinista. El gobierno de Managua ha subrayado el carácter inmoral y antijurídico de este debate. Ortega ha repetido insistentemente su deseo de dialogar con el gobierno de Reagan, a quien llamó "jefe de las

fuerzas mercenarias." Nicaragua está dispuesta a afirmar una garantía de que no se convertirá en una amenaza para Estados Unidos. Asimismo, está dispuesta a firmar el acta de Contadora, si Estados Unidos firma antes con Nicaragua un compromiso de no continuar ayudando a "los contras." Por su parte, Estados Unidos insiste en que Nicaragua primero debe firmar el acta. El gobierno nicaragüense no se fía del presidente Reagan por que ha quedado claro que su intención es destruir la revolución nicaragüense. Algo que no es negociable.

Sobre la propuesta del presidente Duarte de condicionar el diálogo de su gobierno con el FMLN a un diálogo simultáneo de Ortega con "los contras," éste último respondió que Duarte "no es más que una bayoneta manejada por Reagan." Nicaragua está dispuesta a dialogar con la contrarrevolución y su jefe, Reagan y su gobierno. Según la opinión del presidente de Nicaragua, Reagan ha perdido la razón. Es sumamente peligroso que el presidente de una potencia mundial haya perdido la razón.

S. J.

